



José Escobar

# **La canonización de Larra en el siglo XIX**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**José Escobar**

# **La canonización de Larra en el siglo XIX**

Glendon College, York University

Puestos a reflexionar sobre la elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX a que se nos convoca en el presente coloquio, me parece obligado que hagamos algunas consideraciones sobre la canonización de Larra. No creo que nadie dude en incluir el nombre de Mariano José de Larra en la lista canónica de los autores más descollantes de la literatura española del siglo XIX. Basta abrir cualquier historia de la literatura, consultar panoramas críticos o programas de estudio para comprobar que Larra es de los autores de aquel siglo que merecen capítulo aparte. No hay colección de clásicos, ni ediciones escolares, ni libros de bolsillo en que falte una selección de sus artículos. A lo largo de los dos últimos siglos se percibe la presencia constante del escritor consagrado por la opinión de los lectores en el canon español de la cultura general. Desde el siglo XIX, Larra es reconocido como autor popular.

Su canonización popular y ensayística en los medios culturales precede a lo que podríamos llamar su canonización filológica. En los medios académicos, el estudio de su obra no se inicia hasta ya bien entrado el siglo XX, entre los decenios de 1920 y 1930. Es el resultado de la labor investigadora de los profesores F. Courtney Tarr, Aristide Rumeau, vinculados al hispanismo universitario de los Estados Unidos y Francia, respectivamente, y, en España, del profesor de la Universidad de Oviedo José R. Lomba y Pedraja. También por entonces, fuera del ámbito universitario, fue un avance fundamental en los estudios eruditos larrianos la biografía del escritor publicada en 1934 por Ismael Sánchez Estevan, funcionario del Ministerio de Hacienda, si no definitiva, bien documentada y todavía no superada. La continuación de estos trabajos hasta nuestros días podría ser el objeto de un estado de la cuestión de los estudios larrianos que nos permitiría situar su obra, con todas las garantías metodológicas de la investigación, en lo que podríamos llamar el canon filológico. Pero no es de esto de lo que voy a hablar hoy.

La fama de Larra en el siglo XIX

De lo que voy a tratar aquí es de la imagen del escritor en el ámbito de la cultura decimonónica. Me propongo ofrecer algunas muestras como indicios del proceso de la formación de la imagen del autor en los lectores de sus artículos durante el siglo XIX. Los juicios favorables y desfavorables de sus lectores testimonian su notoriedad desde los comienzos de su actividad literaria. La imagen de Fígaro va cuajando en vida. Algunos curiosos testimonios contemporáneos nos muestran cómo se va dando a conocer como escritor de periódicos, haciendo famoso su pseudónimo Fígaro. Por ejemplo, el 25 de agosto de 1833, Ángel Iznady, colaborador por entonces del Correo literario y mercantil y redactor del Boletín Oficial de Madrid, le informa a su corresponsal cubano Domingo del Monte: «El Br. Munguio (sic) es D. Mariano José de Larra que firma con el pseudónimo Fígaro algunos artículos de la Revista: paréceme que este joven escritor tiene más mordacidad y facilidad para traducir del francés que ingenio y verdadero chiste» (II, 31). En noviembre de 1835, a un espectador que ha visto el Macías en el teatro Diorama de La Habana le parece que en el drama de Larra «la elección del asunto es malo (sic), el fin siniestro, las máximas perniciosas» (ibíd., p. 181). En cambio tenemos la reacción admirativa de un lector que acaba de leer el artículo «El día de difuntos» el mismo día de su publicación: A. de Arango le comenta a del Monte: «busque usted y lea un artículo de Fígaro inserto en el Español de hoy 2 de Noviembre [...], tiene dicho artículo pinceladas maestras» (ibíd., III, p. 57). Son muestras -impresiones espontáneas- de lectores contemporáneos que me salen al paso.

Aunque Larra va adquiriendo renombre durante su corta vida de actividad profesional, el punto de partida de su controvertida canonización es el suicidio. A partir de ahí, su figura se acerca a los linderos de la mitología. La manifestación del entierro se continúa en los artículos necrológicos que glorifican su suicidio hasta lo sublime, suscitando inmediatamente la reacción adversa de los que condenan esta exaltación del suicida como un abuso del romanticismo. Para Jacinto de Salas y Quiroga, según leemos en su artículo del 16 de febrero de 1837 de la Revista Nacional, la existencia de Larra «ha forjado el tejido de un drama sublime cuyo desenlace... está encerrado en la tumba: esa flor no pudo arraigarse en un mundo corrompido». En El Español del 15 de febrero, Mariano Roca de Togores ve «a ese hombre que nada amaba, pagar con su felicidad, con su vida, con su honra quizá, un ser ideal que no ha sabido encontrar». Estas exaltaciones del suicida, principalmente la de Roca de Togores, provocan, en nombre de la moral pública, la aversión condenatoria de un colaborador del Eco del Comercio (19 de febrero), en un artículo firmado con las iniciales P. S., que comienza con estas significativas reflexiones suscitadas por el suicidio del joven literato: «Notable es el abuso que se ha llegado a hacer del romanticismo, alterando los principios de la sana moral, presentando a la imitación del pueblo horrores de cuya posibilidad casi debía dudar, trastornando las cabezas o exaltando las pasiones en términos de originar desgracias o catástrofes». En seguida, unos y otros lo consagran como héroe víctima de un romanticismo bien o mal entendido.

Desde su entierro (manifestación laica, «como primera protesta a las viejas preocupaciones que venía a derrocar la revolución», según Zorrilla), hasta el presente, Larra es el mártir de la sociedad. A Larra -se dijo- lo ha matado la sociedad: «cada uno de esos artículos que el público lee con carcajadas eran otros tantos gemidos de desesperación que lanzaba a una sociedad corrompida y estúpida que no sabía comprenderle» escribe Mariano Roca de Togores en la necrológica citada, y Salas y Quiroga en la suya, habla, como hemos visto, de

«un mundo corrompido» en que no podía arraigar la flor de la existencia del escritor. Recientemente, Eduardo Haro Tecglen, en una de sus columnas diarias de El País (23 de marzo de 1999), decía: «En La detonación, Buero Vallejo hacía que la pistola de Larra fuera empuñada por diversas manos [...] y era una manera de decir lo que en literatura siempre se expresa con una frase: le mató la sociedad de su tiempo. Es posible que la muerte siempre venga de fuera a dentro: la mano propia puede ser una más de entre todas como dan la muerte». Para el dramaturgo Francisco Nieva, autor de una «representación alucinada» como subtítulo su Sombra y quimera de Larra, estrenada en 1976, Larra es una víctima existencial: «la razón de su suicidio, está como en todos los suicidios, en la imposibilidad de ver una salida hacia la salvación».

Sí, víctima romántica de la sociedad y también del amor. Para la creación de la figura existencial del héroe romántico, lo social y lo amoroso se imbrican en la motivación del suicidio como aspectos esenciales. Larra es la encarnación del héroe romántico, la enfermedad que lo lleva a la tumba es el «mal del siglo». En su canonización mitológica, como Macías, Fígaro va a ser un mártir del amor. Tarr percibe que «por lo menos para algunos de sus contemporáneos, Larra era una como una mezcla de Werther y Chatterton» (p. 98, n. 98). Inmediatamente después de su muerte, José María Díaz escribe un drama, Un poeta y una mujer, basado en el amor y suicidio de Larra. En el lenguaje coloquial del siglo XIX, el joven que se suicida por amor es «un Larra», como se diría que alguien que muere por amor es «un Macías». En un diálogo de la novela de Salas y Quiroga, El dios del siglo, vemos atestiguada la antonomasia coloquial: uno de los invitados a una elegante fiesta madrileña de sociedad aconseja que no se tomen en cuenta las supuestas amenazas epistolares de suicidio por amor del protagonista, diciendo «que Montelirio escribe lo que no es capaz de hacer, que no es un Larra».

Desde los versos de Zorrilla sobre la tumba y el drama de Díaz que lo proclaman héroe romántico, llega la figura del suicida como personaje literario hasta nuestros días: En 1977, Buero Vallejo estrena La detonación, y recientemente, veinte años después, Juan Eduardo Zúñiga publica su novela Flores de plomo.

## Condena

Frente a la manifestación ideológica y política que significa el entierro, narrado en las cartas de Luis de Sanclemente y Montesa a su hermano, el marqués de Montesa y en una inventada, que escribe Miguel de los Santos Álvarez en las de la ficción histórica La estafeta romántica, de la tercera serie de los Episodios galdosianos, Alberto Lista, como P. S. del Eco, no cree «que el suicidio procedió de la contemplación de los males de la patria» y condena sin misericordia: «El suicidio de Larra procedió de pasiones que no reconocían freno ni en esta vida ni en la otra.» Para Ferrer del Río, «Larra, con su índole viciosa, su obstinado escepticismo, y sin saborear nunca la inefable satisfacción que resulta de las buenas acciones, no cabía en el mundo». Según Rubén Benítez, «Hasta fines del siglo XIX

se persiste en subrayar el carácter malévolo de la personalidad de Larra (recordemos los lamentables versos de Zorrilla), la falta de sentido moral en su conducta amorosa, la filiación francesa de su ideología y de su lengua, la irreligiosidad de su espíritu y lo sombrío y negativo de su visión del mundo; la teatralidad supuestamente inauténtica de sus gestos, aun de su suicidio».

## La popularidad de Larra en el siglo XIX

En contraste con esta figura de «carácter malévolo» entre los literatos decimonónicos, comprobamos la persistencia de una devoción popular por la figura de Larra. Queremos aquí resaltar la imagen del «articulista popular tan amado del público», según testimonio de Juan Valera, en 1882. Durante el siglo XIX, además de Valera, escritores como el argentino Domingo Faustino Sarmiento en 1841, el poeta Gustavo Adolfo Bécquer en 1863 o el crítico José Yxart en 1885 atestiguan la popularidad de Larra. Sarmiento afirma que la colección de artículos de Fígaro «forma hoy día el libro más popular que pueda ofrecerse a los lectores que hablan la lengua castellana»; Bécquer cree que es obligado aplicar el adjetivo «popular» al nombre de Fígaro; y según Yxart, tres años después que Valera: «Sería absurdo decir que el público español no hizo justicia al talento de Larra. Larra es un escritor popular, que no deja de la mano el último aficionado a la lectura, ni olvida nunca en la lista de los primeros escritores contemporáneos el más ignorante crítico». ¿No es el canon la lista a que se refiere Yxart? Como indica F. C. Tarr, las numerosas ediciones decimonónicas de las obras de Larra muestran la constante popularidad del escritor durante todo el siglo.

Como ejemplo de esa opinión general, de esa popularidad señalada coincidentemente por los escritores citados, entre 1841 y 1885, con intervalos de unos veintitantos años, presento un testimonio sintomático, ya mediado el siglo, de un escritor, o escribidor fuera del canon, nacido en 1832, cuatro años antes que Bécquer. Se trata de un tal Javier de Ramírez, un autor más de comedias y de artículos que, en 1862, en un libro titulado La caja de Pandora, recogió una serie de trabajos suyos («estudios filosóficos, político-satíricos, literarios, artísticos, de costumbres y de viajes», según la propia clasificación del autor). Ramírez, con tono melodramático, nos cuenta cómo nació su amor por Larra en su infancia al sentir cómo sus padres recibían la noticia de la muerte del escritor cuando él sólo tenía cinco años. Como vemos, la imagen popular de Larra va unida a su suicidio. Dedicó el libro «A la memoria de Mariano José de Larra (Fígaro)» y en la dedicatoria refiere:

No lejos de Sierra Nevada, al pie de las vertientes del monte Jabalcol, en el fondo de un valle, y a orillas del Segura, existe una granja, que fue un día convento de frailes jerónimos: en un salón de esa granja, y una noche del mes de Febrero de 1837, leía mi madre al amor de la lumbre los periódicos de Madrid. -¡Fígaro ha muerto! exclamó de repente, alargando el periódico a mi padre; yo estaba sobre sus rodillas, y al oírle decir -¡Qué lástima! ¡A los 28 años!, sin darme cuenta de los pensamientos que se agruparon a mi frente, rompí a llorar

arrojándome en los brazos de mi madre. Yo entonces apenas contaba cinco años, y me estremecí de dolor, como me estremezco siempre que recuerdo aquel instante solemne de mi vida; aquel instante en que sentí las primeras ideas de admiración, de entusiasmo, de amor al arte y a la patria agruparse súbita y confusamente en mi cabeza, arrancando lágrimas de mi corazón de niño.

(p. VII)

El recuerdo que nos trasmite Javier de Ramírez del efecto que la noticia de Larra traída por periódicos madrileños produjo en un apartado rincón de Sierra Nevada, y la huella en el escritor adulto del estremecimiento que produjo en el niño de cinco años al percibir la angustia de sus padres, creo que es una manifestación representativa de la imagen de Larra en la percepción popular de los lectores, suscitando «ideas de admiración, de entusiasmo, de amor al arte y a la patria». Larra se fija en la imaginación del niño antes de que pudiera leerlo. Creo que es un buen ejemplo de la veneración popular que Valera puede percibir entre el público de su tiempo: «el articulista popular tan amado por el público».

Larra, crítico literario

En nuestro mostrario de textos que muestran la idea que se tuvo de Larra en la cultura general del siglo XIX, no vamos a repetir aquí las opiniones que de Larra expresan los que lo conocieron -Cayetano Cortés, Mesonero Romanos, Nicomedes Pastor Díaz, Ferrer del Río, Mariano Roca de Togores- o los de las generaciones siguientes -Menéndez Pelayo, Clarín, el P. Blanco García, el Larra de los Episodios Nacionales-. Vamos a ofrecer el homenaje de dos escritores de generaciones sucesivas, Juan Martínez Villergas y Gustavo Adolfo Bécquer, que no se suelen citar entre los que contribuyen a la fama de Larra. Coinciden los dos en afirmar su preeminencia como crítico literario.

Martínez Villergas

El primero, que publica en 1854 su Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos, afirma que «lo cierto es que la crítica literaria puede decirse que murió en España con el ilustre Fígaro» (pp. 1-2), aunque le reprocha parcialidad en sus juicios en contraste con la

«verdadera crítica [que] no ha sido conocida entre nosotros desde que el gran Quintana publicó el brillante prólogo de su célebre colección de poetas españoles» (p. 2). Y añade:

No quiero decir con esto que el memorable Larra, cuyas obras durarán tanto como la lengua que tan felizmente supo manejar, no tuviese la aptitud necesaria para ejercer la crítica; pero niego, sin embargo, que en la época de disensiones y rivalidades en que floreció, pudiera tener la imparcialidad que le habría sido indispensable para elevarse a la esfera de su misión. Así, en este eminente escritor, al lado de las graciosas y oportuna observaciones de que están esmaltadas sus críticas, se ven descollar alguna vez las personalidades, y con mucha frecuencia la expresión mal embozada de sus iras o de sus afecciones.

Martínez Villergas, contraponiendo a Larra con el egregio Quintana de las Poesías selectas castellanas (1807), nos está dando la imagen del crítico periodista romántico, un intelectual comprometido que no se instala en la serena imparcialidad olímpica de la crítica erudita, sino que se sitúa entre las «disensiones y rivalidades» de su época, tomando partido mediante una crítica que se nutre de la actividad política y social de su tiempo, como exigencia de la misión del escritor en el Romanticismo. Recordemos que Larra había exigido una literatura «apostólica y de propaganda». Aparece la imagen del escritor rebelde que, como veremos, van a homenajear algunos intelectuales de izquierda a finales de siglo, dirigidos por el joven periodista anarquista José Martínez Ruiz.

El autor del Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos, a pesar de la parcialidad de la crítica de Larra que, como hemos visto, atribuye a las contiendas de la época en que floreció y al desbordamiento subjetivo («expresión mal embozada de sus iras o de sus afecciones») propio de la personalidad de entonces («defecto en que todos, y yo el primero, hemos incurrido») reconoce en él al «crítico profundo» que asumió la misión de ilustrar la opinión pública:

mientras Larra vivió, la España tuvo un crítico profundo que ilustrase la opinión pública, y los ingenios contemporáneos un rígido censor cuyas observaciones podían servirles a la vez de lección y de estímulo, porque tal es la importancia de la crítica cuando está desempeñada por hombres de gusto, instrucción y talento. Así, los ingenios adocenados que ávidos de gloria invaden la arena literaria con más vanidad que inspiración, lo mismo que los malos cómicos de que por desgracia ha sido harto pródiga la capital de España, tuvieron un verdadero placer el día que Fígaro concibió la imperdonable locura de cortar el hilo de la existencia, al paso que aquellos mismos a quienes justa o injustamente había criticado, pero que, dotados de buen juicio, tenían el inmenso talento que el hombre necesita para apreciar el mérito ajeno, sintieron profundamente la muerte de Larra que dejaba en la república de un vacío tan grande como en su desgraciada familia. Murió, pues, Fígaro, y sobre su tumba se levantó Zorrilla, como si la naturaleza hubiera querido suplir el genio ordenado que acababa de devorar con el genio más desordenado que abrigaba en sus entrañas.

Martínez Villergas termina su juicio a Larra como crítico literario manifestando que «la pérdida de un eminente crítico a quien no tuve el gusto de conocer» no la consideró compensada con «el hallazgo de un poeta, con cuya amistad me honro», lo cual ofrece como prueba de su propia imparcialidad (pp. 2-3).

## Bécquer

Nueve años después encontramos confirmado el reconocimiento popular del nombre de Fígaro por uno de los escritores de la generación siguiente, Gustavo Adolfo Bécquer, también indispensable en el canon literario decimonónico. En un artículo titulado «La crítica», firmado por Adolfo García, pseudónimo que Gustavo Adolfo Bécquer y Luis García Luna habían utilizado en sus colaboraciones teatrales, el poeta destaca la ejemplaridad del escritor como crítico. «La crítica» se publicó a finales de 1863, en dos números de una efímera revista madrileña, los números 2.º (14 de noviembre) y 6.º (14 de diciembre) del semanario *El Espíritu*. Semanario científico-literario. Rica Brown, en su biografía de 1963, llamó la atención de los estudiosos sobre este artículo que hasta entonces había pasado inadvertido en los estudios sobre Bécquer, «aunque en su texto se destacan varios aspectos de su carácter y personalidad» (p. 227). También merece que se tenga en cuenta en el estudio de la canonización larriana, en cuanto que uno de los aspectos más importantes que destacan es el homenaje del poeta al crítico en los pasajes del texto firmado por los dos jóvenes en que Rica Brown cree percibir la voz individual de Gustavo Adolfo. «El artículo es una declaración de fe en los calores literarios, en la buena crítica como sierva fiel de la literatura y en Larra como ejemplo perfecto de esta crítica» (ibíd.). Con una significativa alusión a la sátira de Cadalso, contiene una descripción de una tertulia de críticos de café que suscita la referencia implícita a un costumbrismo satírico de intención larriana:

Al rededor de la mesa de un café veis sentados a varios jóvenes generalmente de aquellos a quienes Cadalso llamaba eruditos a la violeta, que con la mayor osadía y creyéndose severos Aristarcos, lo mismo censuran y vituperan de la manera más enfática un pobre romance de un poetaastro, que la más acabada obra de un autor de reputación universal.

Allí los veis, no inclinados a buscar bellezas en la producción que es entonces objeto de pasatiempo, no siquiera imparciales al juzgarlas; sino antes con afán de hallar defectos y vociferarlos entre sarcasmos y burlas, lenguaje que sienta bien a la ignorancia; sin considerar que si la obra es de esas que tienen el fallo favorable de los siglos, ellos, críticos imberbes, deben callar y respetarla, porque son demasiado pequeños para llegar a su altura; y si, por el contrario, es producto de las vigilias de algún joven principiante, también deben mirarla con respeto, nunca con burla, pues ellos se encuentran en el mismo caso, y tal vez si cogieran la pluma no serían capaces de producir otra cosa semejante si no antes peor que



aquella que vituperan; y de seguro pondrían el grito en el cielo al saber que otra personas hacían con ellos lo mismo que ellos hacen respecto de los demás.

(Núm. 2, pp. 9-10)

Al referirse a la crítica de los periódicos es cuando hace el homenaje explícito a Larra. Según el articulista de *El Espíritu*, sería perder el tiempo tratar de esta crítica «que desde el tiempo de Larra no ha alcanzado la altura a que este inmortal crítico la colocara» (núm. 6, p. 41). Recordemos que para Martínez Villergas la crítica había muerto con Larra.

Como luego hará José Martínez Ruiz en su primera publicación aparte, el folleto titulado *La crítica literaria en España*, de 1895, en que, siguiendo el magisterio de Larra, divide la crítica literaria de actualidad en satírica y seria, Bécquer también invoca a Larra cuando divide la crítica en dos clases:

Hay dos clases de crítica; la crítica satírica que hace reír, especie de arma de dos filos, que hiere con la razón y con el ridículo a la vez; y la crítica seria concienzuda, que no aspira a divertir al lector, sino a enseñarle; que no busca sino la verdad, amarga siempre, siempre dolorosa, para el que la escucha y que tiene la peculiaridad de dejar tranquila la conciencia del que la dice.

Cierto, muy cierto es que Larra debe sus más bellos laureles a la sátira; pero muy lejos estuvo siempre de emplearla, cuando de examinar alguna obra literaria se trataba. Véanse, si no, sus célebres críticas del drama *Antony*, la del *Trovador*, *Los amantes de Teruel*, *Margarita de Borgoña*, *Las Memorias del Príncipe de la Paz*, y otras mil (que para enumerar las obras buenas de este escritor es preciso presentar el catálogo completo de todas ellas), y se verá que él, tan aficionado a lucir aquellas dotes satíricas de que el cielo le hizo poseedor, dejaba la burla a la puerta cuando se trataba de penetrar en el santuario de la crítica literaria. Exento del defecto que aquí atacamos, le ridiculizó con mano maestra en su artículo *La polémica literaria*, que es sin disputa uno de los que más ha contribuido a su fama.

(Núm. 6, pp. 41-42)

La referencia a Larra en este artículo termina insistiendo en su ejemplaridad que disculpa la digresión: «El ejemplo del escritor citado, nos ha distraído de nuestro propósito; distracción al cabo disculpable, porque es imposible no sacar a luz el popular nombre de Fígaro cuando de crítica se trata», dice el autor del artículo que luego vuelve a la idea general del artículo. Este texto de Bécquer, según la autora de la biografía citada, viene «a ser una parte esencial de su obra», en cuanto que en él aparece unida «la expresión de su propio ideal de la crítica» con «una gran pasión por la figura de Larra» (p. 229).

## La perspectiva posromántica: el Larra de J. Yxart (1885)

La máxima valoración de la figura de Larra en todo el siglo XIX, antes de la generación del 98, es la del gran crítico catalán J. Yxart. En la sustanciosa introducción a su ya citada Colección de artículos escogidos de Mariano José de Larra lo considera «un talento excepcional y superior» (p. XIV). Yxart ve retrospectivamente en Larra la representación auténtica del héroe romántico, víctima como ya sabemos, de la sociedad, pero no en un contexto meramente local, sino europeo: empuñando «una pistola, no como un romántico de mentirijillas, sino como un héroe de Balzac de carne y hueso. Esto fue Larra: una víctima real de la fiebre que devoraba las entrañas y el cerebro de Europa» (p. VIII). En pleno realismo literario, el romanticismo ya lejos pero todavía con rescoldos posrománticos, Larra permanece engrandeciendo su imagen: «Mucho, muchísimo ha perecido de aquel período romántico: Larra queda en pie y su figura se agranda cuanto más nos alejamos de él» (p. XIV). Aparece aquí ya anunciado el genio escéptico y pesimista con que se van a edificar los jóvenes que veneran su memoria en *La voluntad*, de José Martínez Ruiz. Según el propio testimonio de Azorín, este libro del crítico catalán fue la guía que en su juventud lo acercó a Larra.

Yxart nos transmite además lo que era la imagen de Larra en la opinión general frente al carácter malévolo que muchos le atribuían:

Sería absurdo decir que el público español no hizo justicia al talento de Larra. Larra es un escritor popular, que no deja de la mano el último aficionado a la lectura, ni olvida nunca en la lista de los primeros escritores contemporáneos el más ignorante crítico. Pero aun siendo esto así, opino que no se le otorgó el puesto que en realidad le corresponde. Hallo siempre, en cuantos han hablado de él, como el inconsciente designio de colocarle en segunda fila o de juzgarle desde un punto de vista inferior a su importancia, no basta para mí en llamarle el primer crítico español, si va envuelto en el calificativo la idea de ponerle por debajo de los criticados famosos. No basta hacerle compañero de Estébanez y Mesonero Romanos como articulista de costumbres, si no se quiere reconocer cuán superior fue a ambos en la intención. Ni tenerle por ingeniosísimo y chistoso, penetrante y cáustico, pero siempre considerándole como un simple articulista, es hacer plena justicia a Larra. Fue mucho más, a mi juicio; fue un escritor originalísimo, un observador profundo y osado a quien es difícil igualar, cuánto más aventajar.

## Larra, figura simbólica

A pesar de esta popularidad, piensa Tarr (p. 90) que no fue hasta comienzos del siglo XX cuando se empezó a considerar a Larra con seriedad y comprensión; sólo cuando en la crisis española de fin de siglo una «generación autocrítica» identificó sus propias inquietudes con los problemas personales y nacionales que, simbólicamente, sintió representados en la vida y la obra de aquel escritor. Según Benítez (p. 13), «Larra surge más como símbolo que como realidad, en los años fervientes de renovación ideológica, crítica y artística, que rodean la decisiva fecha de 1898». Ya sabemos cómo ante la tumba de Larra, en un cementerio abandonado, en el Madrid de comienzos de siglo, Antonio Azorín, el protagonista de *La voluntad*, y los compañeros de generación que lo acompañan -«jóvenes y artistas»-, se sienten «atormentados por las mismas ansias y sentidores de los propios anhelos» (O. C., t. 1, 522a) que el joven escritor romántico a quien han ido a homenajear como a un santo laico. Con actitud litúrgica lo proclaman símbolo de su generación: «Y Larra, indeciso, irresoluto, escéptico, es la primera encarnación y la primera víctima de estas redivivas y angustiosas perplejidades. El constante e inexpugnable «muro» de que Fígaro habla es el misterio eterno de las cosas. ¿Dónde está la vida y dónde está la muerte?» (ibíd.). Como he señalado en otro lugar, en *La voluntad*, Antonio Azorín se mira en Larra como en un espejo, dos entes de ficción en la novela de Martínez Ruiz que se confunden entre sí como representación simbólica generacional.

Primera visita a la tumba de Larra: 13 de febrero de 1898

Pero, como indiqué en el Congreso Internacional sobre «Azorín y la literatura (Conmemoración del 98)», en noviembre de 1998, no fue el homenaje a la memoria de Larra, el 13 de febrero de 1901, narrado en *La voluntad*, la primera visita colectiva organizada por el autor de esta novela a la tumba de Larra en el abandonado cementerio de San Nicolás, cerca de la madrileña Puerta de Atocha. El primer homenaje en el ruinoso cementerio es de tres años antes, en 1898, el 13 de febrero, aniversario de la muerte del homenajeado, hacía sesenta y un año. En nombre de los dos periódicos, *El Progreso*, de Madrid, y *La Crónica*, de París, en que ahora escribe el que va a ser luego, en cuatro años, autor de *La voluntad*, se depositan coronas en la tumba de Larra para honrar la memoria de uno de «los escritores ilustres que han luchado por la libertad».

Aporto ahora estos datos con más detalle como conclusión de este repaso de algunos aspectos que nos muestran cómo se forma la figura de Larra en el canon cultural del siglo XIX español. En enero de 1898, el joven periodista José Martínez Ruiz, desde *El Progreso*, periódico en el que colabora habitualmente por entonces, trata de organizar un homenaje a Larra en el teatro Lara de Madrid que no se llegó a celebrar. Martínez Ruiz le escribe al director del teatro, Francisco Flores García, proponiéndole la organización del homenaje. Conocemos la respuesta negativa de Flores García que el joven periodista de *El Progreso*

inserta en una de sus crónicas, la del 18 de enero, titulada «Homenaje a Larra». El director del teatro Lara le contesta en estos términos:

Larra, el gran Fígaro, el primero sin duda de los críticos españoles, no se distinguió ciertamente como autor dramático -tal vez porque no se dedicó de lleno a esta rama de la literatura- en la proporción y medida que como escritor satírico, crítico y de costumbres. Ante todo y sobre todo fue periodista.

Sus obras dramáticas son muy estimables, como suya, pero no son lo mejor de Fígaro.

Y si esto es así, no es en un teatro donde deba rendirse homenaje a la memoria del insigne escritor.

Mariano de Larra, nieto de Fígaro, opina exactamente lo mismo que yo en este asunto.

Creo como usted que debe honrarse la memoria de nuestro escritor, gloria legítima de las letras españolas, pero en sitio adecuado a tal objeto, en la Asociación de la Prensa, en la Academia de la Lengua o en el Ateneo.

A lo que Martínez Ruiz replica:

Después de esto no me queda nada que decir. Yo no pedía una solemnidad artística, o cosa por el estilo, pues que no se trata de un centenario; pedía un sencillo recuerdo, análogo al que todos los años dedica la Comedia Francesa a ciertos literatos franceses. Que Fígaro sea esto o lo otro no me importa. Me dirigí al Sr. Flores García y a los distinguidos actores de Lara por la circunstancia que apuntada queda.

Ahora, a la Asociación de la Prensa o a la Sociedad de Escritores y Artistas toca decidir lo que se ha de hacer, si es que deciden algo. De todos modos, creo que ni Flores García, que es un escritor culto y de probado talento, ni Mariano de Larra, que es un actor notable, negarían su concurso a lo que se haga.

Yo, por mi parte, persisto en lo dicho.

La redacción de El Progreso, que sabe celebrar la memoria de los escritores ilustres que han luchado por la libertad, llevará el día 13 de Febrero una corona a la tumba de Fígaro. Y el representante de La Campaña, en nombre de su redactor jefe, Luis Bonafoux, y en nombre de todos los que allí escribimos, llevará otra. Así demostraremos que sabemos honrar la memoria del más valiente de los periodistas españoles.

Las palabras de Martínez Ruiz, que acabo de citar en bastardilla añadida por mí, anunciando que la redacción de El Progreso y el representante de La Campaña llevarán coronas a la tumba de Larra el día de su próximo aniversario para celebrar «la memoria de los escritores ilustres que han luchado por la libertad» y «honrar la memoria del más valiente de los periodistas españoles», las utiliza Luis Bonafoux, suprimiendo su propio nombre del texto original, para iniciar, también en bastardilla, pero sin indicar su procedencia, una «Crónica» que el redactor en jefe del semanario parisino publica en el número 4 del 25 de enero de 1898. No podemos menos de reconocer las líneas originales del periodista de El Progreso leyendo el texto de La Campaña reproducido por Christian Manso en un trabajo sobre el semanario parisino de Luis Bonafoux. Al azorinista francés, el párrafo inicial de la «Crónica» de Bonafoux le parece un «epígrafe escrito en bastardilla» (p. 174), pero no señala que en realidad el texto subrayado por el redactor en jefe de La Campaña es una cita sin referencia -quizá esté implícita- del «Homenaje a Larra» publicado unos días antes por José Martínez Ruiz en El Progreso. El acto de homenaje al que asiste Martínez Ruiz como representante oficial del semanario de Bonafoux en Madrid y en nombre del redactor en jefe «se puede asimilar -según el profesor Manso- a lo que conviene llamar un gesto arquetípico -y fundador por supuesto» (ibíd.). De esta ceremonia de 1898 hemos restablecido cien años después su memoria, utilizando dos diferentes fuentes periodística, una francesa y otra española, pero coincidentes. Ceremonia que, como advierte Manso, «ha sido borrada de la memoria, ha sido sepultada en provecho de la del 13 de febrero de 1901». Al evocarla, reconoce en el Larra que Bonafoux presenta en su «Crónica» citada, «rasgos distintivos del espíritu noventayochista».

Para ejemplificar la imagen de Larra que surge en el canon cultural como símbolo a finales del XIX, alrededor de la fecha de 1898, conviene que copiemos el texto de Bonafoux sobre Larra tal como que nos lo ofrece, fragmentariamente, el profesor Manso. A continuación de las inspiradoras palabras epigrafiadas en bastardilla al comienzo del artículo, que, como sabemos son una alusión al «Homenaje a Larra» de Martínez Ruiz, el redactor en jefe de La Crónica afirma que Fíguro:

no sólo es el único genio literario, sino también el primer patriota español del siglo en que nos arrastramos miserablemente, defendió a los trabajadores hambrientos, fustigó a los fanáticos descendientes de Carlos Quinto, a los voluntarios de la integridad de los monopolios, a las devotas histéricas [...] Vivió escribiendo amarguísimas verdades del medio social donde le tocó nacer [...]. Fíguro, en fin, fue un revolucionario en la patria de Felipe II y Torquemada, y en una época de atraso bestial, casi tan grande como el de ahora.

Para los periodistas ácratas, Larra es uno de los suyos. En este primer homenaje noventayochista, la imagen de Larra es la de un luchador revolucionario: «el más valiente de los periodistas españoles», luchador por la libertad, moderno revolucionario en contra del oscurantismo inquisitorial de la España antigua, defensor de los trabajadores hambrientos. Es un símbolo para los intelectuales de izquierda a finales de siglo. No va a ser así, como hemos visto, el Fíguro más contemplativo de La voluntad. Repitamos las

palabras de Antonio Azorín que ya hemos oído: «Larra, indeciso, irresoluto, escéptico, es la primera encarnación y la primera víctima de estas redivivas y angustiosas perplejidades.»

Una canonización que empezó junto a la tumba de Larra en el cementerio de Fuencarral, el 15 de febrero de 1837, un cementerio todavía relativamente nuevo, culmina el 13 de febrero de 1898 y de 1901, en la tumba del mismo escritor, en otro cementerio, el de San Nicolás, un cementerio viejo, ya abandonado. En 1837 sus contemporáneos exaltan al liberal; en 1898 los anarquistas, al revolucionario; en 1901 los noventayochistas, al escéptico.

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**